



**Manuel Aranda Espejo,
Testigo de la Fe**

*La Asociación Manuel Aranda
ante la próxima Beatificación del Seminarista Mártir
(27 de Octubre de 2013 en Tarragona)
ofrece el relato de su vida*

Manuel Aranda Espejo, Testigo de la Fe¹

YO SOY MANUEL

Me han propuesto que me presente, a través de estas páginas. Allá voy; soy un joven, aunque nací hace muchos años, pero no he pasado de los 20... en fin..., ya veréis.

Mi familia. Mi nombre es Manuel; apenas iniciada la primavera del año 1916, el día 22 de marzo vine al mundo y gocé del don de la vida, lo más maravilloso. Mis padres eran Francisco y Lola. Fui el último de mis hermanos: tres mujeres, Lola, Cándida y Clotilde, y dos hombres, Francisco y José. Yo era el sexto. Era la mía una familia numerosa y yo desde el principio me encontré muy bien entre los míos. Me recibieron con los brazos abiertos: mi hermana la mayor me llevaba 10 años, así que yo era como un «juguetillo» para todos. Mi madre, feliz, pero con más trabajo, y sobre todo en aquel tiempo en que los quehaceres del hogar era tan duros. Mi padre se alegró por un nuevo hijo, y seguro pensó que ya tenía dos brazos más para ayudar a sacar la familia adelante, porque él era un trabajador que ganaba el jornal diario, aunque su esfuerzo y el de todos los de casa hizo que progresáramos un poco. Bueno, nací en un ambiente rural; mi familia no era especialmente religiosa... ¡sí! creían en Dios, pero por allí no había misas, ni sacerdote, ni actividad religiosa, nada de esto. Me bautizaron en un pueblo grande que había cerca de mi lugar, haría la Primera Comunión, ... pero apenas lo recuerdo.

¹ Como veréis es una ficción literaria, se pone en boca de Manuel cuanto se sabe de él, así creemos que su mensaje se hace mas directo y atractivo.

Infancia. De niño, dicen que era muy travieso. En aquel lugar no había escuela y mis juegos serían bastante primitivos. Ya con 9 o 10 años asistí junto a un grupo de chicos y chicas a la escuela del llamado maestro Palanca, un hombre sin titulación, que sabía bastante y se ganaba la vida enseñando a leer, escribir y las cuatro reglas (sumar, restar, multiplicar y dividir, que decían era lo necesario). Este «maestro» contaba que cuando yo faltaba a la escuela, porque ya desde chico iba al campo para ayudar a mi padre y a mi hermano mayor, toda la clase estaba tranquila, pues se ve que yo formaba jaleo. Mi infancia fue normal en aquel ambiente. En el lugar donde nací y viví formábamos como una gran familia, allí acudían de otros núcleos más pequeños y entre todos a lo mejor éramos unos 2000 habitantes que apenas contábamos con servicios sociales ni religiosos. Todo había que hacerlo en el pueblo grande a unos 14 Km. Como todos, iba creciendo y era fuerte y sano. Cuando tenía unos 6 u 8 años hicieron una Capilla en mi pueblo, dedicada a la Virgen del Carmen y a partir de aquí se empezó a mover algo lo religioso, alguna vez aparecería un cura por allí, decía misa, a lo mejor hablaba a los niños, pero yo no me acuerdo muy bien. Por entonces los chiquillos empezaban a enamorarse muy pronto de las nenas que vivían por allí y yo no iba a ser menos; tanto que le escribí a dos para pedirle que fueran mis novias, así se hacía entonces. En realidad teníamos poca formación y vivíamos rudamente.

Adolescencia. Llamada y respuesta. Tendría unos 12 años, cuando un hermano mío tuvo que irse a estudiar a Jaén porque tenía un problema en una pierna y no podía trabajar en el campo. En mi casa se decía que había que apretarse el cinturón para poder costear los estudios de mi hermano; yo ya empezaba a ganar el jornal. Por entonces, también, se hizo más frecuente la visita de un sacerdote, una vez al mes, más o menos, y comenzó a tratar con los niños, adolescentes y jóvenes, entre los que me encontraba. El Cura venía a casa de unos señores, los que habían hecho la Capilla, y uno de ellos le ayudaba en algo que luego supe era la Catequesis, entonces le decían «la doctrina».

Lo de mi hermano y lo de la Catequesis influyó mucho en mi vida.

Por una parte me propusieron para catequista, como ahora se dice; a mí me iban entrando ganas de estudiar, como hacía mi hermano. En fin, ya veis, dos cosas en principio sin mucha importancia, pero ahora veo que Dios se valió de esto para llamarme. Porque Él me llamó, pero, como siempre, a través de otros.

Un día me cogen el Cura, que se llamaba D. José, y aquel señor, D. Manuel, y me dicen sin más:

-Manuel, ¿no te gustaría entrar en el Seminario y estudiar para ser Sacerdote?

¡Madre mía! ¡Qué golpe!... no se qué respondí en aquel momento, pero aquello se fue adentrando en mi pensamiento y sobre todo en mi corazón y, sabed que alguna noche me costaba trabajo dormirme, pues pensaba en ello. Yo todavía no conocía muy bien a Jesús, pero se ve que Él había puesto los ojos en mí y ahora veo que es muy difícil escapar de Él.

-Bueno, aquellos señores volvieron a plantearme el tema y yo les prometí que se lo diría a mis padres. Ya se comenzaban a dar pasos: ¿quién, yo o Jesús? ¿tal vez los dos?

Amigos, permitidme deciros que Él va siempre por delante y nos espera a cada uno en el lugar que corresponde. ¡Claro lo malo es que tratemos de escapar! esto puede ser el comienzo de nuestro fracaso, y seguirle, el comienzo de nuestra felicidad. Efectivamente, comencé por decírselo a mi madre, ya sabéis las madres, ellas te escuchan más fácilmente, al menos entonces; a pesar de todo me dijo: eso tu padre. Y tuve que afrontar la cosa con él. Aquello sentó como una bomba, y hasta con un poco de guasa.

Yo ya tenía unos 14 años y empezaba a trabajar en el campo, por lo menos en algunas temporadas. En aquellos años, por 1930, comenzaron a salir unas leyes muy contrarias a la Iglesia, a los Curas y, en general, a lo religioso. Mi padre se negó rotundamente y daba sus razones:

- Aquí no podemos tener más gastos... ¡qué tanto estudiar, ni estudiar! Tu hermano porque no puede hacer otra cosa, pero tú ¡a trabajar y a ganar para la casa! Y además, ¿es que no te das cuenta? Lo religioso está de capa caída y a los curas no se les ve bien ¡ahora quieres tú ser cura!
- Yo seguía insistiendo, una y otra vez. Después dicen que yo tenía mucha fuerza de voluntad; pero aquello ya no era solo yo, sentía una fuerza que me salía de dentro. Me dijeron que podía tener una beca y así se lo dije a mi padre, pero ni por esas, seguía negándose.

- Don José y Don Manuel fueron a casa, hablaron con mi padre, prometieron lo de la beca, medio le convencieron... y mi madre siempre de mi parte.
- **Y yo vencí, ¡pero no fui yo! En mi vida desde entonces siempre ha vencido Él, «un tal Jesús» que llenó totalmente mi corazón y toda mi vida.**

En el Seminario de Baeza. Pues bien, amigos, ya me tenéis en el Seminario de Baeza, primer curso. Aquello fue fatal, como para decir «si lo sé no vengo», pero ¿quién se echaba para atrás? Y veréis por qué fue tan grave: Yo era un muchacho del campo, ya con 15 años, fuerte, basto si queréis, que empezaba a tener que afeitarme, allí llegaron niños de 10 a 12 años. No quiero que se entere mucha gente, pero hasta bromeaban conmigo, y peor todavía, porque yo no pronunciaba bien las «erres». Al fin pude superar aquel año con muy buenas notas: nada importante, pero estudiaba y era responsable. Era mayor, los profesores apreciaron mi esfuerzo y Jesús seguía entrando más y más en mi corazón; aunque yo todavía no me daba mucha cuenta. Quiero deciros que aquel año en Baeza fue para mí toda una novedad: la vida del Seminario, elementos como el teléfono, la luz eléctrica, el agua corriente... que en el campo no teníamos... y además la ciudad de Baeza, con la Catedral y tantas obras de arte.

Mi familia había crecido al casarse mis hermanas. Empecé a tener los primeros sobrinos. Mi padre estaba más conforme, pero nadie me quitaba el trabajar en el campo durante las vacaciones y además yo lo hacía de voluntad para compensar gastos. Estábamos peor que hoy con la crisis. Pasé dos años en Baeza, en el verano preparaba materias y al volver me examinaba y así pasé dos cursos, de modo que en el 1933-34 ya vine al Seminario de Jaén para iniciar los estudios filosóficos.

Ya Jesús había entrado en mi corazón, yo sentía gusto al rezar, me maravillaba de la Eucaristía ¡qué amor tan grande! y comencé a querer mucho a la Virgen María. Fueron los pilares de mi vida espiritual.

Seminario de Jaén. Este paso supuso mucho para mí. Yo seguía siendo becario del Cabildo Catedralicio y tenía que sacar nota suficiente para no perder la beca; entonces se exigía un notable alto, casi sobresaliente. El ambiente de estudio era serio, el profesorado competente y la vida espiritual se cultivaba a fondo; yo veía un mundo nuevo, unos horizontes abiertos, unas perspectivas maravillosas: si llegaba a la meta podría hacer tantas cosas por los demás... ¡podría y tenía que hacer tanto por la gente que vivía sin medios y sin cultura, como yo antes! En este curso cumplí los 18 años y tenía que empezar a entrenar mis proyectos. En Jaén estudié tres años, en el Seminario que vosotros conocéis, en la parte que ahora es residencia de Sacerdotes; todavía quedan intactas aquellas escaleras muy artísticas que yo subía y bajaba. Diré sin dobleces que era un buen seminarista, pero ni me lo proponía, porque lo que quería era seguir el camino de Jesús, conocerle y amarle cada día más: la oración, la misa, la comunión, la relación con la Virgen María, le hice una poesía a la Virgen de la Cabeza y me he enterado que le han puesto música y han hecho con ella un disco o CD como le llaman ahora. Y otra cosa: estudiar mucho. Bueno lo de las «erres» conseguí superarlo, los compañeros me estimaban y los profesores me ayudaban y confiaban en mí... y eso que yo no desbordaba simpatía ni atracción especial, pero sabía escuchar y dicen ahora que sonreía siempre y no me daba demasiada importancia. Ahora dicen que yo era sencillo y humilde, muy estudioso, interesado en todos los temas de estudio y actualidad, muy piadoso, lo cual quiere decir que me gustaba mucho tratar con Dios.

En el verano. En mi pueblo era considerado casi como un cura. Reunía a los niños; ellos, cuando se enteraban que había llegado, venían a mi casa, les daba algún caramelo o estampas del Señor y la Virgen y, ¡hale! ¡a la doctrina! Me interesaba mucho por mis padres y hermanos para que fueran más religiosos. Juntaba a los adolescentes y jóvenes, les dejaba libros y les explicaba algunas cosas. Así conseguí que un chico fuera al Seminario y que dos estuvieran preparándose para ello. Me importaban mucho los más necesitados y los enfermos; os diré, porque esto ya se sabe, que con frecuencia me quedaba sin comer a medio día cuando trabajaba en el campo, pues mi comida se la daba a otro jornalero para que la llevara a sus hijos... yo ya cenaría por la noche... y además siempre decía a mi madre ¡échame más comida! Con frecuencia iba por los cortijos y hablaba a la gente de Dios y procuraba el bautismo de los niños, tanto que un verano bautizamos a 23 y arreglé las cosas para que no tuvieran que dar ni una gorda, un euro diríamos hoy, porque

era gente pobre y no acostumbrados a colaborar con la Iglesia. Siempre estudiaba y leía por la noche, pues de día trabajaba. Alguna vez tuve que discutir con gente que ofendían a Dios blasfemando, una vez con una comparsa de saltimbanqui que se reían de las cosas de Dios. Algunos lo hacían por fastidiarme, pero yo no podía permitir que ofendieran a mi Padre del Cielo. Jesús me enseñaba a eso. Como en mi lugar no había misa, iba con frecuencia andando a otros pueblos, o montado en una yegua que teníamos en casa. Las cuestiones sociales me interesaban sobremanera, había leído la encíclica de León XIII «Rerum Novarum» donde se exponía la doctrina social de la Iglesia. Los tiempos eran muy difíciles, había verdaderas necesidades, injusticias y suma pobreza. Yo siempre me inclinaba a los más débiles, como pensaba que debería hacer cuando fuera sacerdote. También preparé a algunos novios para casarse y sobre todo quería que hubiera más vocaciones para el Seminario.

Unas fechas fatídicas. Año 1936. Aquel curso terminaría los estudios filosóficos para comenzar los teológicos, ser ordenado sacerdote y ¡a servir a un pueblo! Yo avanzaba en conocimientos y en fe en Dios, en confianza en el Señor, ganas de ser buen cristiano, un santo es la verdadera palabra, como dijo después el Concilio Vaticano II: llamada universal a la santidad. Jesús era mi amigo y a la vez mi Señor, por Él todo. Me había dicho ¡ven! y yo había dejado lo mío y le había seguido. Pero, ¡cuánto recibía yo a cambio! Y lo que me quedaba todavía por recibir. En 1936 tuvo que cerrarse el Seminario por la inseguridad en que vivíamos, volvimos en junio para los exámenes y marchamos de nuevo a casa. Volví al Seminario en el mes de julio, días 14 y 15, para una convivencia o retiro espiritual, allí comulgué por última vez y le pedí al Señor me ayudara en los momentos tan difíciles que se acercaban. Y comenzó «la Guerra Civil» lo menos civil, lo menos cívico, lo menos civilizado que puede darse; junto con ello creció la persecución religiosa que padecieron muchos sacerdotes, religiosos y cristianos.

Prisionero de Cristo. El día 22 de julio me hicieron prisionero y me metieron en la Iglesia de mi pueblo, que habían convertido en cárcel, allí estaban mi padre y muchos otros hombres, apenas podíamos movernos. A mí me sacaban para barrer patios, trabajar en el jardín; pero lo malo no era eso, sino que se empeñaron en que yo tenía que blasfemar, ofender a Dios, romper los cuadros de la iglesia y los objetos religiosos...yo me negaba... ¡por nada del mundo hubiera ofendido a Dios! Cuando me negaba a todo esto me trataban

muy mal, pero yo nunca lo dije a mi padre ni a mi hermana la cual nos traía la comida, así evitaba que sufrieran y que se enterara mi madre. Un día, os lo voy a contar porque también se sabe, dos jóvenes de mi edad, que me guardaba con escopetas, trataron de echarme a un aljibe, pero temieron porque yo era más fuerte que ellos y podía tirar y caer los tres, así se lo dije, y desistieron. Algunos de los que estaban presos conmigo me decían que «disimulara» e hiciera lo que me decían, y razonaban diciendo que si no lo hacía de corazón Dios no me lo tendría en cuenta, pero a mí me molestaba mucho esas insinuaciones y me hacían sufrir. Yo pienso que a Dios hay que amarlo por dentro y por fuera. Con frecuencia me amenazaron con la muerte.

Testimonio Supremo. Por fin llegó el día 8 de agosto; hice los trabajos de barrido y riego y a eso de las 9 o 10 de la mañana me mandaron a llevar un carrillo de basura a las afueras del poblado. Dos jóvenes me hacían guardia con escopetas, un grupo de niños corrían por allí, pues iban a por agua al pozo llamado «de la Patrocinia». Estos niños habían asistido a la catequesis y estaban de algún modo pendientes de lo que me pasara. Llegado un momento la carretera daba una curva, «la revuelta», desde donde ya no se divisaban las casas; seguían obligándome a blasfemar, no lo consiguieron jamás y, enfadados, cogieron unas varetas de olivo y me dieron algunos azotes; yo iba rezando para mis adentros, aquella noche también había rezado mucho. Me mandaron entrar a un olivar y al cuarto olivo, más o menos, me ordenaron hacer una zanja para echar la basura, era el mes de agosto, hacía un sol que deslumbraba, mucho calor, yo sudaba casi empapando la camisa. De nuevo «¡tienes que blasfemar!» aunque decían otra palabra, pero yo no puedo decirla y menos aquí. De nuevo me negué.

-Pues te matamos. Tenemos cargadas las escopetas...

-Jamás ofenderé a Dios

-Te disparamos...

-¡Venga de ahí!

Y así fue. Caí en el hoyo al primer disparo, pude dirigirme hacia el olivo y allí acabó mi vida terrena, envuelto en un charco de sangre. Yo tenía 20 años y unos meses, pero aquel día fue mi verdadero nacimiento para Dios. Soy un bienaventurado que gozo de Dios en el cielo e intercedo ante Él por todos vosotros, por mi pueblo, por los jóvenes en especial por el Seminario, mi Seminario de Jaén, y ahora por todos los que me estáis conociendo.

YO SOY MANUEL, ME ENAMORÉ LOCAMENTE DE JESÚS Y TERMINÉ DANDO LA VIDA POR ÉL. Mi nombre completo es Manuel Aranda Espejo, soy de Monte Lope Álvarez de Martos (Jaén).

Ahora la Iglesia me va a declarar Beato. Está bien, pero yo ya gozo de Dios, aunque esta beatificación debería servir para que mi testimonio se conociera y valorara. En verdad aquello todo fue Gracia, un regalo de Dios, el más grande que pudo darme. Antes de ser sacerdote me llevó con Él a gozar de las Bodas de su Hijo. También es una Gracia para la misma Iglesia, pero todo queda en lo siguiente: **Dios me amó, yo me dejé amar por Él y traté de responderle con amor.**

Os saluda MANUEL, UN MUCHACHO QUE QUISO SER CURA.

**Asociación Manuel Aranda. Erigida por el Obispo de Jaén el 29 de Abril de 2000.
¡Conoce sus fines y estatutos! ¡Hazte socio!**

Información: Asociación «MANUEL ARANDA»

C/. Ramón Espantaleón 4 B - 5.ª

23005 JAÉN